

**EL CAMINO DE LA JUSTICIA...**  
**Funerales del Gral. René Schneider**

**26 de octubre de 1970**

*Homilía en la Misa fúnebre del asesinado Comandante en Jefe del Ejército.*

La patria está de duelo: un gran soldado del Ejército de Chile ha muerto, sacrificando su vida en el Altar de la Patria. Por eso nos vienen a los labios las palabras del Libro Santo que acabamos de escuchar: NADIE TIENE MAYOR AMOR QUE EL QUE DA SU VIDA POR SUS AMIGOS.

Palabra ésta del Señor y la única que puede transformar este instante de congoja en un signo de esperanza.

El Señor la pronunció horas antes de su propia muerte. La pronunció con alegría y con el ánimo de colmarnos de su propia alegría. La pronunció para enseñarnos que el dolor y la muerte pueden ser el más sublime, el más fecundo gesto de amor.

Esta Palabra ilumina nuestra congoja de hoy. Al que ha dado la vida por sus amigos se le llora, pero no se le pierde. Su vida alimenta y se prolonga en la vida de los mismos por quienes murió. Y su sangre adquiere una conmovedora elocuencia.

Sí. Desde el comienzo de la Historia Humana, la sangre del hombre, derramada por su hermano, ha hablado un lenguaje elocuente. La envidia homicida de Caín es el símbolo del hombre incapaz de resistir la Luz y gozarse en la Justicia; símbolo, por eso, del hombre que pone su fe en la violencia asesina; símbolo, también -y de ello testimonian la Biblia y toda la experiencia humana- de la absoluta esterilidad de la violencia.

Desde el episodio de Caín y Abel hasta el Mártir del Gólgota. Desde la muerte

de Cristo, hasta la de aquellos profetas que en nuestros días mueren como El, por dar testimonio de la Luz, la violencia se ha revelado como absolutamente estéril. Estéril digo, para quienes pusieron su fe en ella: siempre obtuvieron exactamente lo contrario de lo que pretendían. Ni sus conciencias encontraron paz, ni la Luz que combatieron fue oscurecida. Ni la Palabra que los molestaba logró ser acallada. Cuando pensaron reducir sus víctimas al silencio, la sangre de ellos se alzó para hablar con más elocuencia que todas las palabras. Y de sus mismas muertes surgió, inagotablemente fecundo, un manantial de vida.

Por eso lloramos, pero no perdemos al que da la vida por sus amigos.

Hoy son nueve millones de amigos, nueve millones de chilenos los que sienten renacer su hambre y sed de justicia, su pasión por la Verdad, su anhelo y vocación de Paz, su imperativo de fraterna unidad y, sobre todo, su fe en la convivencia democrática. Una nueva vida palpita en el corazón de la patria; una conciencia se ha hecho común y definitiva: el camino de la justicia no pasa por la violencia.

Y tal vez no lo veríamos con tanta claridad, y nuestra comunión de sentimientos e ideales no sería tan firme y tan resuelta, sin el testimonio de esa sangre que hoy proclama, elocuente como nunca, la fecundidad de una vida entregada a la patria.

El tiempo juzgará de la sinceridad de nuestros sentimientos. Sabemos que nuestras emociones suelen ser fugaces y nuestros afectos, precarios. Pero en este momento, al menos, cuando nos sobrecoge todavía la presencia corporal del amigo y del mártir, sentimos que su nobleza nos obliga y su testimonio nos compromete.

Reunidos hoy en este Templo, donde la patria ha orado en todos los grandes momentos de su historia, no venimos sólo para llorar al padre, al amigo, al jefe, sino para proclamar nuestra fe en los grandes valores que su sacrificio encarna. La patria no ha muerto: llora emocionada, con noble entereza, ante un sepulcro que es también emblema de grandezas ciudadanas, y mudo y

elocuente testimonio de amor a las nobles tradiciones republicanas y democráticas de Chile.

General Schneider, noble soldado de Chile: TU DIOS Y TU PATRIA HOY TE CORONAN CON EL LAUREL DE LA INMOTALIDAD QUE HAS GANADO EN LA MÁS BELLA DE TODAS LAS CONTIENDAS: LA DE QUIENES DAN SU VIDA POR EL BIEN DE SUS HERMANOS.

Santiago, 26 de Octubre de 1970.